

estuviera franco, y por último, gozaría de mi libertad andando entre mis amigos y conocidas en los bailes y jaranitas, y no aquí con esta jerga pegada al pellejo, descalzo, comiendo mal, durmiendo peor y sobre unas duras tablas, encerrado, trabajando, y sin ver una muchacha ni cosa que lo parezca por todo esto. ¡Ah! reniego de mí, y ¡maldita sea la hora en que yo pensé ser fraile!

Así hablaba yo conmigo mismo, y así hablan todos aquellos jóvenes de ambos sexos, y en especial las niñas miserables, que sin una inspiración de Dios y sin una vocación perfecta abrazan el estado religioso; estado santo, estado quieto, dulce y celestial para los que son llamados á él por la gracia; pero estado duro, difícil é infernal para los que se introducen á él sin vocación. ¡Cuántos, cuántos lo experimentan en sí mismos á la hora de ésta, tal vez, y sin remedio! Cuidado, hijos míos, cuidado con errar la vocación, sea cual fuere; cuidado con entrar en un estado sin consultar más que con vuestro amor propio, y cuidado, por fin, con echaros cargas encima que no podáis tolerar, porque pereceréis debajo de ellas.

Maldiciendo y renegando, como os digo, me quedé dormido cerca de las once y media de la noche, y apenas había pegado mis párpados, cuando entra en mi celda un novicio despertador, y me dice: — Hermano, hermano, levántese su caridad, vamos á maitines. — Abrí los ojos,

advertí que era fuerza obedecer, y me levanté echando sapos y culebras en mi interior.

Fuí á coro, y medio durmiendo y rezongando lo que entendía del oficio, concluí mi tarea y volví á mi celda apeteciendo un pocillo de chocolate siquiera á aquella hora, porque ciertamente tenía hambre; pero no había ni á quién pedirselo.

Reinaba un profundo silencio en aquel dormitorio, y en medio del pavor que me causaba, para entretener mi hambre, mi vigilia y mi desesperación, me volví á entregar á mis ideas libertinas y melancólicas, y tanto me abstraí en ellas, que derramé hartas lágrimas de cólera y de arrepentimiento; pero me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana y me quedé dormido; mas ¡oh desgracia de flojos! no bien había comenzado á roncar, cuando he aquí al hermano novicio que me vino á despertar para ir á prima.

Me levanté otra vez lleno de rabia, maldiciéndome á guisa de condenado; pero allá en mi corazón y sin hablar una palabra, diciendo entre mí: — ¿Pues no es esta una vida pesadísima? ¡Habrás visto empeño como el que ha tomado este frailecillo en no dejarme dormir! Él es mi *ahuisote* sin duda, es otro doctor Pedro Recio, pues si el del Quijote quitaba á Sancho Panza los platos de delante luego que empezaba á comer, éste me quita á mí el sueño luego que comienzo á dormir.

Pensando estos despropósitos me fuí á coro, recé más que un ciego, y al cantar abría tanta boca, pero de hambre, porque como la cena de la noche anterior no me gustó mucho, apenas la probé; y así tenía el estómago en un hilo, deseando se acabara la prima para ir á desquitarme con el chocolate, que me lo prometía de lo mucho y bueno, pues había oído decir en el siglo que los frailes tomaban muy buen caracas, y cuando en casa había algún pocillo muy grande, decían: — Este pozuelón es frailerero.— Con esto yo decía entre mí:— A lo menos si la cena fué mala, el desayuno será famoso. Sí, no hay duda; ahora me soplaré un tazón de buen chocolate con sus correspondientes bizcochos, ó cuando no, con cuartilla de pan enmantecado por lo menos.

En esta santa contemplación se acabó el rezo y salimos de coro; ¡pero cuál fué mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y media, las siete, y no parecía tal chocolate ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era día de ayuno! Entonces me acabé de dar á Barrabás, renegando más y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y más cuando fueron otros dos novicios, y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron:— Hermano, venga su caridad; tome esas cubetas, y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro.

— Esta está peor, me decía yo; ¡conque no dormir,

no comer y trabajar como un macho de noria! ¿Esto es ser novicio? ¿Esto es ser fraile? ¡Ah, pese á mi maldita ligereza, y á los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy fraile, yo me salgo; porque si duro aquí ocho días me acaba de llevar el diablo de sueño, de hambre y de cansancio. Yo me salgo, sí; yo me salgo... pero ¿tan breve? ¿Aún no caliente el lugar y ya quiero marcharme? No puede ser. ¿Qué dirán? Es fuerza aguantar dos ó tres meses, como quien bebe agua de tabaco, y entonces disimularé mi salida fingiéndome enfermo; aunque no habrá para qué afanarme en fingir, pues mi enfermedad será real y verdadera con semejante vida, y plegue á Dios que de aquí allá no haya yo estacado la zalea¹ en estos santos paredones. ¡Qué hemos de hacer!

Así discurría yo mientras subía agua y regaba los tránsitos con la *pichancha*, siempre triste y cabizbajo; pero admirándome de ver lo alegres que barrían los otros dos frailecitos, mis compañeros, que eran tanto ó más jóvenes que yo. Ya se ve, eran unos virtuosos, y habían entrado allí con verdadera vocación, y no por excusarse de trabajar, para holgarse como yo.

El uno de ellos, que era el más muchacho, era muy

¹ *Estacar la zalea*: (frase familiar). Morir, con alusión á los borregos, que después de muertos son desollados y sus zaleas clavadas con estacas en el suelo ó en las paredes para secarse antes de curtirlas. Lo mismo significa la otra frase vulgar: *Pelar su indigna rata*. E.

alegre, su color era blanco, su pelo bermejo, sus ojillos azules y muy vivos, su boca llena de una modesta sonrisa, y como estaba fatigado con el trabajo, estaba coloradito y bonito que parecía un san Antonio. Advirtió mi semblante sombrío y triste, y creyendo el inocente que era efecto de una suma austeridad y de los escrúpulos que me agitaban, se llegó á mí y me dijo con mucho agrado: — Hermanito, ¿qué tiene? ¿por qué está tan triste? Alégrese; la alegría no se opone al servicio de Dios. Este Señor es todo bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos; quiere que lo amemos como á padre, y que lo adoremos como al Señor Supremo; no que lo temamos con un miedo servil, no; ¡si no es nuestro tirano! Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios parricida como el Saturno de los paganos. Su vista sólo alegra á los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe inspirar á los suyos la mayor confianza y alegría.

El santo rey David nos dice expresamente: *servid al Señor con alegría*, y el Eclesiástico: «arroja lejos de tí la tristeza, porque es pasión que á muchos quita la vida, y en ella no hay utilidad.» Pero ¿qué más? el mismo Jesucristo nos manda «que no queramos hacernos tristes como los hipócritas.» Conque, hermanito, alegrarse, alegrarse y desechar escrúpulos é ideas funestas, que ni hacen honor á la Deidad ni traen provecho á las almas.

Yo agradecí sus consejos al buen religiosito, y le

envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud que se hace amable de los mismos malos.

Llegó la hora de la misa conventual, y fuimos á coro. Entonces advertí que no asistían algunos padres que había visto por el convento. Pregunté el motivo, y me dijeron que eran padres graves y jubilados ó exentos de las asistencias de comunidad. Con esto me consolé un poco, porque decía: — En caso de profesar, que lo dudo, como yo sea padre grave, ya estoy libre de estas cosas. — Fuimos á coro.

